

TEMPLO HERMANA TERESA



"En silencio"

18/04/2026

“En silencio”

Queridos hermanos y hermanas

Hay frases que, cuando las escuchamos, no solo se entienden... se sienten. Se quedan en algún rincón del alma y comienzan a hacer eco, como si nos estuvieran hablando directamente a nosotros, a nuestra historia, a nuestras luchas, a nuestras silenciosas batallas.

En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y que dice:

“Si ese bote me lleva a la luz, ¿por qué debo mostrar, lo que me costó remar?”

Y en esa pregunta hay una verdad profunda... una verdad que nos invita a reflexionar sobre algo que muchas veces olvidamos en este mundo donde todo parece tener que ser mostrado, explicado, justificado.

Vivimos en tiempos donde el esfuerzo se exhibe, donde el dolor se publica, donde el proceso parece necesitar testigos para ser validado. Como si lo que no se ve, no existiera. Como si el sacrificio necesitara aprobación externa para tener valor.

Pero la realidad es otra.

El alma no necesita aplausos para crecer. La Fe no necesita espectadores para sostenerse.

Y el camino verdadero... muchas veces se recorre en silencio.

Cada uno de nosotros tiene su propio bote.

Un bote que no siempre es firme. Un bote que a veces se sacude con las olas de la incertidumbre, del miedo, de la pérdida, de la duda. Un bote que, en ocasiones, parece avanzar lento... o incluso quedarse quieto en el medio de la nada.

Y sin embargo... seguimos remando.

Remamos cuando no tenemos fuerzas. Remamos cuando nadie nos ve. Remamos cuando el alma pesa. Remamos cuando la vida no responde como esperábamos.

Y en ese remar silencioso, en ese esfuerzo íntimo, en esa lucha interna que muchas veces nadie conoce... es donde ocurre lo más importante.

Ahí se construye la verdadera fortaleza. Ahí nace la Fe genuina. Ahí se transforma el alma.

Porque lo que realmente nos acerca a la luz no es el reconocimiento de los demás... sino la persistencia del espíritu.

No es lo que mostramos... sino lo que sostenemos cuando nadie nos mira.

Y entonces aparece esa pregunta:

¿Por qué debo mostrar lo que me costó remar?

¿Para qué?

¿Para quién?

¿Acaso la luz a la que llegamos necesita testigos del cansancio que atravesamos?

La luz no nos pregunta cuánto hemos sufrido. La luz no mide cuántas lágrimas derramamos. La luz simplemente nos recibe... porque seguimos.

Porque no abandonaste.

Porque no soltaste el remo.

Porque incluso cuando todo parecía perdido... elegiste avanzar.

Y eso, hermanos y hermanas, no necesita ser explicado.

La Fe verdadera no hace ruido.

No busca reconocimiento.

No se exhibe.

La Fe verdadera se vive.

Se siente en las decisiones que tomamos.

Se refleja en la paz que logramos sostener.

Se manifiesta en la manera en que seguimos, incluso cuando todo parece en contra.

Hay quienes creen que contar el sufrimiento valida el camino.

Pero hay una sabiduría más profunda... una que entiende que lo sagrado no siempre necesita palabras.

Que hay procesos que son tan íntimos... que compartirlos sería quitarles su esencia.

No porque haya que ocultarlos... sino porque pertenecen a un

diálogo directo entre el alma y Dios.

Entre lo humano y lo eterno.

Porque hay momentos en la vida donde uno no rema solo.

Aunque no lo veamos... aunque no lo sintamos con claridad...

hay una presencia que sostiene, que guía, que acompaña.

Y esa presencia no necesita relatos... necesita entrega.

Permítannos compartirles una historia.

Había una vez un hombre que vivía cerca de un gran lago.

Durante años, soñó con cruzarlo para llegar a una pequeña isla que, según decían, estaba llena de paz y luz.

Muchos lo habían intentado... pocos lo habían logrado.

Un día, decidió construir su propio bote. No era perfecto. No era elegante. Era simple, firme... y suficiente.

Y así comenzó su travesía.

Los primeros días fueron tranquilos. El agua estaba calma, el cielo despejado, y el avance era constante.

Pero con el paso del tiempo, comenzaron las tormentas.

El viento golpeaba fuerte. Las olas sacudían el bote. El frío calaba hasta los huesos.

Hubo noches en las que pensó en rendirse. Días en los que sintió que no avanzaba. Momentos en los que dudó de todo... incluso de sí mismo.

Pero algo dentro suyo no lo dejó detenerse.

Siguió remando.

No había nadie mirándolo. No había nadie aplaudiendo. No había nadie registrando su esfuerzo.

Solo él... su bote... y su decisión de continuar.

Pasaron semanas... tal vez meses.

Hasta que un día, sin darse cuenta, llegó a la isla.

El agua se volvió calma. El aire cambió. La luz... era distinta.

Había llegado.

Algunos habitantes de la isla se acercaron a recibirlo y le preguntaron:

—¿Cómo fue el viaje? ¿Cuánto te costó llegar? ¿Cuántas tormentas enfrentaste?

El hombre los miró... sonrió... y respondió:

—Llegué.

Nada más.

No habló del frío. No habló del cansancio. No habló del miedo.

Porque entendió algo profundo...

El valor no estaba en contar lo que sufrió... sino en haber llegado.

Y esa llegada... era suficiente.

Hermanos y hermanas, muchas veces creemos que tenemos que explicar nuestras cicatrices para justificar nuestra paz.

Pero la paz no necesita justificación. La paz es fruto de un

proceso... sí.

Pero es un fruto que no necesita ser desarmado para ser comprendido.

Así como el árbol no explica cómo crecieron sus raíces... así como la flor no describe cada gota de agua que la alimentó... así también nosotros podemos permitirnos simplemente ser... sin necesidad de detallar cada batalla.

Porque cuando uno llega a la luz... ya no importa cuánto costó el camino.

Importa que se eligió no quedarse en la oscuridad.

Importa que se decidió seguir.

Importa que, aun con miedo... se remó.

Y hay algo más importante aún.

Cuando dejamos de mostrar constantemente nuestras luchas... dejamos espacio para algo más grande.

Dejamos espacio para la humildad. Para la gratitud. Para el silencio que sana.

Porque el silencio también es parte de la Fe.

No todo debe ser dicho. No todo debe ser contado. No todo debe ser explicado.

Hay verdades que se sienten... no se narran.

Y en ese silencio... en ese espacio íntimo... es donde Dios obra de manera más profunda.

Es donde el alma encuentra descanso. Es donde el corazón se ordena. Es donde la luz se hace presente... sin necesidad de ser anunciada.

Hoy, nuestra Guía la Hermana Teresa., nos invita:

A que honremos nuestro propio bote.

A que reconozcamos cada remada... aunque nadie la haya visto.

A que valoremos cada momento en el que elegimos seguir... incluso cuando todo parecía perdido.

Y también... a que nos permitamos no explicar todo.

A que permitamos vivir su proceso sin necesidad de mostrarlo constantemente.

Porque no todo lo valioso necesita ser visible.

No todo lo sagrado necesita ser compartido.

A veces... lo más importante es aquello que solo Dios conoce.

Y eso es más que suficiente.

Si ese bote nos está llevando a la luz...si estamos avanzando...si estamos creciendo...si estamos encontrando paz...

Entonces no nos detengamos a demostrar cuánto nos costó.

¡Sigamos!, ¡rememos!, ¡avancemos!

Porque la luz no nos va a pedir explicaciones.

La luz solo nos va a recibir.

Y cuando lleguemos... cuando realmente lleguemos... vamos a entender que todo lo que vivimos tuvo sentido...aunque nunca lo

hayamos contado.

Porque el verdadero valor no está en la historia que se dice...sino en el camino que se recorrió. Y en la Fe... que nunca soltamos.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

